

y de dicha por tantos años, se le saltaron las lágrimas, y lloró como sólo se llora en las grandes crisis de la vida; porque en el fondo del corazón no se había reservado una sola esperanza.

Cuando cerraba la puerta, sonaron las cinco de la mañana. Las campanas de las torres tañeron el alba con su lengua de bronce, y los clarines y tambores de los cuarteles sonaron con alegre clamor entonando el himno de la mañana.



## Tres Desenlaces ilógicos

CAPITULO ALFONSINA



## El Brazo del Coronel

A Manuel Puga  
y Acal.

I

La batalla había sido terrible: una de aquellas de nuestras pasadas luchas intestinas, en que los soldados de uno y otro bando político peleaban como leones y casi se exterminaban, aunque sin saber por qué. Nadie ignora que en esos tiempos de Dios, valga el decir, unos mismos peones y ginetes servían á uno y otro partido, y que el grupo victorioso se asimilaba al vencido, y seguía combatiendo con él por la misma bandera, con igual arranque al desplegado en el tiempo de

Tres Desembarcos Ilógicos

la mayor pureza de su ser; lo que daba por resultado que únicamente los jefes supiesen á punto fijo lo que traían entre manos, en medio de tantas integraciones, desintegraciones y reintegraciones de guerreras colectividades como en aquel entonces se efectuaban.

La acción á que nos referimos, había sido, pues, muy reñida. El ejército triunfante, apoyando su defensa en el caserío de una hacienda, había atrincherado soldados detrás de los vallados de piedra y situado cañones en brechas y derrumbes abiertos en las cercas. El enemigo había atacado con denuedo, se había apoderado de no pocas trincheras y había estado á punto de tomar todas las posiciones; pero la nutrida fusilería sostenida desde los techos de las casas y secundada firmemente por la artillería, había acabado por inutilizar sus valientes tentativas. Llevado al asalto repetidas veces, otras tantas se había visto obligado á retroceder, como el oleaje que azota las costas, y se retira rugiendo y cubierto de espuma. A cada nuevo empuje, en medio de la fusilería y del rugido de la metralla, había quedado el campo sembrado de cadáveres; hasta que al fin, diezmos los asaltantes y persuadidos de su impotencia, habían emprendido la retirada.

Cargó entonces sobre ellos la caballe-

ría, é introduciendo el pánico en sus filas, completó la derrota. Artillería, carros, dinero, acémilas, hasta las tiendas de campaña y las maletas de los jefes cayeron en poder del bando triunfante.

El coronel don Diego Izábal, famoso tanto por su valor, como por sus ruidosas aventuras, fué uno de los que más se distinguieron en aquella refriega. Al frente de su regimiento, dió cargas furiosas, como si no le importasen las balas, y sin darse cuenta de la mortandad de sus soldados; y seguido de un puñado de supervivientes, llegaba ya al portón de la hacienda, y estaba á punto de apoderarse de los cañones, cuando se declaró la derrota de sus parciales y comenzó la desbandada. Justamente en aquellos momentos, una descarga á quemarropa de las piezas de artillería que iba á capturar, dejó reducido su grupo á unos cuantos ginetes. Y los sitiados, saltando trincheras, cayeron sobre él y los suyos, como marada de lobos.

Así que, comprendiendo el coronel la gravedad de la situación, tomó, aunque con repugnancia, el único partido que le quedaba, y dió voces á los suyos, diciéndoles:

—¡No se pudo, muchachos! ¡A escapar el pellejo!

Y volviendo riendas atrás, principió á

alejarse á escape, en medio de un indescriptible tropel de hombres, caballos, truenos, gritos, gemidos, polvo y humo.

Una segunda descarga hizo nuevas bajas en su séquito, pero no logró detenerle. Con la espada fué abriéndose paso en medio de la muchedumbre, bañada la diestra en caliente sangre y cegado y ensordecido por los disparos que se le hacían.

Cuando llegó á la plaza de la cuadrilla, sólo tres ginetes iban á su lado: su asistente, el mayor del cuerpo y el clarín de órdenes. Para salir al campo, era preciso pasar por una angostura formada por el caserío, sobre el cual había buen golpe de soldados enemigos. No vaciló: por allí estaba la salvación, si la había para él. Detenerse hubiera sido entregarse á una muerte cierta. En pos suya y muy cerca ya, venía el grupo furioso de caballería que iba persiguiéndolo. Las lanzas en ristre, al reflejo del sol moribundo, brillaban con luces de llamas.

Hincó, pues, espuelas al poderoso alazán, y como ráfaga impetuosa, á carrera tendida, cruzó el espacio mortífero.

Las azoteas de las casas contiguas se iluminaron de súbito con el fuego de dos relámpagos simultáneos, y cayó sobre los fugitivos una lluvia de plomo. El asistente fué herido en la cabeza, y cayó co-

mo fulminado. Lo fué también el Mayor, pero pudo todavía abrazarse al cuello del caballo; mas á poco andar, alcanzado por nuevos proyectiles, resbaló pesadamente de su montura. El clarín había salido al campo y pareció haberse salvado; mas no muy lejos de la puerta, comenzó á vacilar, y repentinamente se precipitó de cara hasta el suelo. Uno de sus pies quedó pendiente del estribo, y despavorido el caballo, huyó por la carretera arrastrando por el polvo el cuerpo agonizante.

En el momento de la descarga, sintió don Diego un golpe en el codo derecho, lo que le hizo pensar que hubiese sido alcanzado por algún guijarro. La cabalgadura estuvo lejos también de salir ileso: acribillada á balazos, no pudo seguir corriendo, y sólo, estimulada por las espuelas del jinete, continuó galopando trabajosamente y con ritmo desigual.

Al verse en pleno campo, se creyó salvado el coronel; y notando que no empuñaba la espada, quiso levantar la diestra, pero no lo logró. Sentía en el brazo un entumecimiento extraño. Sin detenerse, cogió con la mano izquierda el miembro dolorido, y lo elevó á la altura de los ojos. Inerte y tinta en sangre la mano, y como cubierta con guante escarlata, colgaba floja y sin vida, á merced de las sacudidas de la marcha. Una bala enemiga

le había deshecho el codo de aquel brazo. Como pudo, le puso en cabestrillo, echando mano de la bufanda de estambre que llevaba al cuello, mientras la noble bestia, debilitada por las lesiones, podía ya apenas con su carga.

Entretanto, la jauría de los perseguidores seguía avanzando: oíala gritar próxima ya á su espalda. Imposible continuar la carrera; iba á ser alcanzado dentro de breves momentos. ¿Qué hacer?

Una idea se le ocurrió: arrojarse al río. Iba siguiendo sus orillas en aquel punto, con los últimos alientos que le quedaban á la cabalgadura; con sólo torcer á ésta la rienda, sería bastante para hacerla entrar en la corriente. En todo caso, era preferible perecer ahogado.

Hinchadas y furiosas las aguas por las últimas lluvias, llevaban sobre su superficie, como leves pajas, ramas corpulentas desgajadas de los árboles, y gruesos troncos desarraigados de la orilla. La hora del crepúsculo, tiñendo las ondas con tintes carmesíes, dábales la apariencia de un río de sangre, fluido y quejumbroso. Parecía una arteria rota del mundo: como si por aquel álveo estuviese fluyendo toda la sangre nacional vertida en nuestras luchas fratricidas.

Todo lo advirtió; y pensó también que nada más natural que nadar él mismo

en sangre, cuando tanta había derramado su espada, y tanta iba virtiendo de sus propias venas. Así que, volviendo la brida hacia la mugidora corriente, cayó en ella de golpe con el moribundo animal. La luz crepuscular que le hería de soslayo, proyectó sobre la superficie fúlgida y sanguinosa, su sombra agrandada, como la de un gigante caballero sobre un corcel enorme.

Ya era tiempo. En aquellos momentos llegaron á la orilla acabada de remover por las pezuñas de la bestia, numerosos jinetes ávidos de matanza, que blandían lanzas con banderolas, sables, rifles y revólvers. Lívidos, torvos, parecían fieras en pos de su presa. Vacilaron al borde del río. No querían que se les escapase el fugitivo, pero hallaban la corriente hartó crecida y furiosa para entregarse á ella.

Al mismo tiempo, caballo y caballero iban luchando débilmente con el ímpetu del agua. Intentaba el coronel cruzar hacia la banda opuesta; pero la corriente no se lo permitía. Muy á poco se les vió no luchar ya: las ondas desarzonaron al jinete, que cayó pesadamente en el río; y éste, embravecido y ruidoso, arrasó consigo al hombre y á la bestia, derribados y dispersos, como simples harapos que hubiese recogido de la orilla.

Con todo, no queriendo todavía los picamueertos prescindir de su sed de exterminio, descargaron, antes de volver atrás, sus armas de fuego sobre aquellas formas náufragas y fugitivas. Los proyectiles, como leves guijarros, quebraron por un momento, al herirlo, el rojo cristal del agua, y perdieron luego calor y fuerza al abismarse en las ondas. Y la corriente precipitada continuó alejándose con aquellos pobres despojos.

## II

A la sazón, río abajo y á no larga distancia del campo de batalla, hallábase la hermosa viuda Rosalía Alvarez, acompañada de algunas de sus sirvientas, como la hija de Faraón, á la orilla del agua. Todas las tardes, á la caída del sol, acostumbraba aquella buena moza meterse en la corriente y refrescar su cuerpo de diosa con la blanda caricia de sus hondas. Aquel día, en el instante en que se disponía á despojarse de sus ropas para tomar el baño habitual, llegó á su oído el rumor de la fusilería y el estrépito de los cañones. La proximidad de esos rumores la sobresaltó; y, comprendiendo que se trataba de una de aquellas refriegas tan frecuentes en la época, se quedó

en observación, prestando oído atento al clamoreo, hasta que, al declinar la tarde, fué debilitándose gradualmente el estrépito, y no quedaron de él más que detonaciones aisladas.

Pasaba la corriente tan veloz y estruendosa, que atrajo su atención. Probablemente habían caído fuertes chaparrones en las tierras más altas, y los afluentes habían llegado al cauce común pletóricos y desbordados; pues el río, dejando su caja habitual, se había derramado por sus dos orillas y cubría con su líquido rebotado, una gran extensión de la vega, ahogando entre sus ondas no escasos maizales, cuyos amarillos penachos temblaban sobre la superficie cristalina, como garzotas y cimeras de un sumergido ejército de caballeros medioevales. Una gran parte de los vallados de piedra había sido también cubierta por el agua, y los árboles corpulentos que habían crecido y engrosado cerca de la orilla, se hallaban ahora rodeados por la corriente, y retrataban sus copas enormes en las turbias ondas.

Rosalía, que era un poco romántica, y había quedado muy propensa á la tristeza desde su viudez, echó un vistazo al panorama que la rodeaba, y se llenó al contemplarle, de suave melancolía. Poníase el sol en aquel punto. Su globo enorme,